

## El alma de las bailarinas

Pastora Imperio

El monstruo de mil almas, de mil almas vagas, distraídas en un espectáculo artificioso que le envuelve como una común ilusión, este llamado el público de un teatro, no podría nunca conocer el alma de una bailarina que gira en la escena violentamente iluminada, que echa al aire sus brazos blancos, que seduce los ojos ávidos con la pompa del traje cuajado de pedrería y el movimiento armonioso del cuerpo lánguido, que describe con el pie las ágiles figuras de una música embriagante, que enarca los ojos, que desfallece, se agita y delira según el ritmo y la intención de la danza. No, no podría conocer el alma que vive bajo aquella inquietante y vertiginosa visión.

Al monstruo avasalla sólo la materialidad sensible del prodigio; sus mil almas se exaltan con un sonriente y voluptuoso placer, sin comunicarse ninguna con el espíritu lejano de la artista.

Yo hablé con Pastora Imperio para escribir algo de ella en LA NOTA, pero algo de su alma, si era posible hacerlo.

Al principio, solos en el camarín, el temor me asaltó de que mi intención resultase burlada.

—¿Mi vida? Nada tiene de particular, es como la de todas las mujeres... No, es inútil, no encontrará Vd. nada en mí que merezca la pena de escribirse... ¿Mi alma? Soy una bailarina, quiero a mi público como él me quiere, nadie me ha enseñado a bailar, hacen años que bailo... Pero todo esto ha de saberlo usted ya, por los diarios, por las revistas... En Madrid y en todas partes he tenido mucho éxito, mis admiradores no podrían contarse; se lo aseguro a usted, puedes usted afirmarlo.

Era para desconcertarse. ¿Tal vez esta Pastora Imperio carecía de alma? ¿Por qué tales vulgaridades salían de su boca, algunas sin relación exacta con mis preguntas? ¿Y por qué su gesto, sus actitudes, hasta sus grandes ojos verdes en la cara morena y pálida se confundían en una misma insignificante expresión? Sin embargo, no era posible que el prodigio de su danza fuera la pura expresión de un instinto.

—¿Mi arte? ¡Gracias a Dios!... Es mío, mío. Yo he creado todos mis papeles.

—Entonces es usted un genio.

¡Eso! ¡Eso! ¿Ha leído usted lo que dice Benavente de mí?

—Sí, contesté triste, que sus piernas le recuerdan a Shakespeare. Pero ha dicho con eso una barbaridad.

Pastora Imperio me miró, sus grandes ojos verdes me miraron, casi hostiles.

A punto estaba de levantarme, con tristeza, con una gran tristeza.

—Gracias por esta entrevista. Haré lo posible por escribir algo. Tal vez no he logrado explicarle mi intención...

Como Pastora Imperio callara, la miré en los ojos. Brillaban extrañamente, pero con aquella misma expresión hostil, cada vez más hostil.

—Lo veo, no he logrado explicarle bien mi intención... Por lo tanto...

—¿Su intención? ¡Ah! ¡Pero sí! No me crea usted una ruda. Si ya sé lo que quiere usted; el fondo de mi espíritu, que le hable de aquí!" Y con ambas manos se indicaba el corazón, adusta y la voz casi trémula.—"Si ya lo advertí desde el principio; pero esto nadie debe saberlo, es mi pasado, mi pena, mi dolor, yo he corrido un velo sobre eso. Todo ha concluido, lo doy por muerto, es una vida que ya no es mía. ¡Ah! ¡Por Dios! Toda mi alma estaba allí, ahora vivo para mi arte y para el presente, nada más que el presente; nunca se me ocurre pensar tampoco en el porvenir, vivo los minutos de ahora, en una luz, me aturdo, leo, paseo y todos los días me embriago bailando. ¡Ah! Lo que es bailar, si pasara un día sin bailar, me moriría. Pero si ya no me acuerdo de ese amor, cálese usted. No quiero recordarlo ni que nadie me lo recuerde. ¡Lo que ha ocurrido no tiene remedio ya!"

Pastora Imperio se había transfigurado. Una ola de recuerdos ardientes había pasado sobre ella, había encendido su cara morena y alucinado sus ojos, sus raros y desmesurados ojos verdes. ¡Y ahí estaba su alma!

Después, habló todavía del delirio de bailar. Baila para ella. El público le es indiferente. Desde que la música suena llamándola al escenario, algo poderoso y vago la arrastra, la envuelve, la mueve, gira, canta, gime, grita con ella. Es como un frenesí. Hay momentos en que pierde la conciencia de que existe, y la música y el público y el ruido son como cosas perdidas, lejanas... Y la alegría no la siente jamás. Ríe con la música y hace sonar las castañuelas en las danzas alegres. Pero todo eso es externo, ajeno a su espíritu, y a veces el ruido y la música vibrante se traducen para ella en una pena. Odia el "Garrotín grotesco" que electriza al público. En su zapateo suele haber el furor de la angustia, y por eso el entusiasta ¡ay garrotín! brota de su garganta como un gemido desgarrado. Prefiere las danzas que baila con el escenario y el teatro en la penumbra y con una música triste. Porque esto aduerme su alma y desahoga su pena sombría.

—C. A. L.

